

Chile, el último “pasajero” del *Winnipeg*

Mario Amorós

Uno de los lugares más hermosos de Chile es Isla Negra, la casa que Pablo Neruda se construyó en la playa de El Quisco, en un hermoso promontorio sobre el Pacífico. Allí el Poeta escribió las *Odas Elementales*, “Alturas de Machu Pichu” o *Memorial de Isla Negra* y de allí partió en los días del septiembre negro de 1973 hacia una clínica de Santiago, donde falleció el 23 de septiembre.

Allí está enterrado desde 1992 junto a Matilde Urrutia, tal y como pidió a sus compañeros en las “Disposiciones” del *Canto General*. Pasear por Isla Negra es recorrer la vida de Pablo Neruda, el poeta nos acompaña por las habitaciones de la casa, por el dormitorio de la torre, por su curiosa taberna, nos muestra sus particulares colecciones de mariposas o de conchas, sus bellos mascarones del pirata Morgan, de Jenny...

Cuando el visitante atraviesa el arco de piedra que hay en el jardín y se gira para observar la locomotora de ferrocarril, observa conmovido una sencilla placa de mármol en la que los pasajeros del *Winnipeg* rinden homenaje a la fraternidad del Poeta.

España tuvo una importancia capital en la poesía y en el compromiso de Neruda. Sus lazos con nuestro país estuvieron sólidamente unidos a través de su fraternal amistad con Lorca, Alberti o Miguel Hernández y su apoyo a la causa de la II República como miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

Volodia Teitelboim, gran escritor y ex secretario general del Partido Comunista de Chile, asegura en su biografía de Neruda (Sudamericana), la

mejor de lejos, que el asesinato de Federico García Lorca “le cambió el mundo. Y él cambió la poesía. Había caído sobre ella una bomba, una gota de sangre del poeta sacrificado en el bosquecillo de Víznar. Seguramente esa gota de sangre desbordó un vaso que ya estaba rebosando con muchas gotas de sangre y muchas razones para su evolución o revolución”.

Neruda, además, “se hizo” comunista durante nuestra guerra civil como él mismo dejó dicho en sus memorias, *Confieso que he vivido*.

Su apoyo a la causa de la libertad en la guerra civil alcanzó su cima poética con la obra *España en el corazón. Himno a las Glorias del Pueblo en la Guerra*, compuesta a mano e impresa a finales de 1938 en el monasterio barcelonés de Montserrat por un grupo de soldados republicanos bajo la dirección del poeta e impresor Manuel Altolaguirre.

La derrota de la República conmovió profundamente a Pablo Neruda, quien convenció al recién elegido presidente de Chile, el radical Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular (el único de América), de que acogiera al mayor número posible de refugiados españoles. Así, el poeta cumplió “la más noble misión que he ejercido en mi vida” con la ayuda del Gobierno de la República en el exilio (a través del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles) y de sus amigos Rafael Alberti y María Teresa León. Las penosas condiciones de vida de miles de exiliados republicanos en los campos de concentración franceses y la triste muerte de su amigo Antonio Machado en Colliure pesaban en su conciencia.

El 4 de agosto de 1939 el carguero *Winnipeg*, con cerca de 2.500 refugiados españoles abordo, soltó amarras del muelle de Trompelouge, en Pauillac, rumbo a Chile. “Todos fueron entrando al barco -escribió Neruda-. Eran

pescadores, campesinos, obreros, intelectuales, una muestra de la fuerza, del heroísmo y del trabajo. Mi poesía en su lucha había logrado encontrarles patria. Y me sentí orgulloso”.

Dos de los pasajeros más jóvenes del buque fueron José Balmes y Roser Bru, dos de los pintores más importantes del último medio siglo en Chile. Precisamente, Roser me cedió la reproducción de uno de sus cuadros para la portada de mi libro *Después de la lluvia*.

Balmes, quien entonces tenía 12 años, evoca así el recibimiento que el pueblo chileno les dispensó en septiembre de 1939 en Valparaíso: “Toda la bahía estaba iluminada, casi nadie se movió de cubierta hasta el amanecer. Había sol de primavera ese 4 de septiembre. En tierra rostros y manos nos decían su amistad, su bienvenida. Después de mucho tiempo sabíamos nuevamente el significado de un abrazo (...) El tren nos llevó pronto a Santiago y, al paso lento por las estaciones, gentes que no conocíamos nos entregaban rosas y claveles. Al anochecer miles de hombres y mujeres nos esperaban en la estación Mapocho en medio de una multitud de cantos y banderas. Un tiempo después esta tierra también sería ya la mía para siempre”.

El *Winnipeg* llegó a Chile en los días que comenzaba la II Guerra Mundial, por lo que su tripulación se quedó en este país. Durante la guerra este viejo carguero fue destruido por la armada nazi.

Entre las personas que recibieron a los pasajeros del *Winnipeg* en Valparaíso y Santiago estuvo el entonces ministro de Salud Pública, el joven doctor Salvador Allende, un activista de la solidaridad con la República Española.

Desde los años 30 y hasta el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 Chile fue, como proclama su Canción Nacional, "Asilo contra la Opresión". Llegaron, por ejemplo, muchas personas de Centroeuropa huyendo de los nazis.

El exilio español, cuyo hito fue el *Winnipeg*, y la inmigración española a Chile nos permiten recorrer la historia de este país durante el siglo XX hasta hoy, como vamos a analizar a través de cuatro casos.

1. En enero de 1947 Carmelo Soria llegó a Chile para llevar unos libros a su hermano Arturo, director de la editorial Cruz del Sur, y recabar apoyos a la lucha contra la dictadura franquista de la Federación Universitaria Escolar (FUE). Pero en abril de aquel año la policía fascista detuvo a trece militantes de la FUE, entre ellos al historiador Nicolás Sánchez-Albornoz, y, como habían acordado, dijeron que el responsable de las acciones por las que fueron interrogados era Carmelo, por lo que frustraron su regreso a Madrid y le forzaron a quedarse en Chile.

Carmelo Soria fue funcionario internacional de Naciones Unidas desde 1965 y militaba en el Partido Comunista de España (PCE). Después del golpe de estado de Pinochet, aprovechó su inmunidad diplomática para ayudar a varias personas a asilarse en embajadas y contribuyó a la financiación de una imprenta clandestina.

En mayo de 1976 viajó a España y se encontró con su amigo Nicolás Sánchez-Albornoz, quien recuerda: "Poco antes de su asesinato Carmelo estuvo en España e intenté convencerle amistosamente de que volviera para que no sufriera la terrible situación de Chile, por su familia y por él. Pero

Carmelo se negó con los argumentos de que ya se había librado una vez de la represión y de que se sentía obligado moralmente a luchar en Chile”.

El 14 de julio de 1976, cuando regresaba a su casa desde su oficina en la CEPAL, varios agentes de la Brigada Mulchén de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA, el principal organismo represivo de la dictadura de Pinochet) le secuestraron y le condujeron a la casa de Michael Townley, agente de la DINA, y allí le interrogaron y le torturaron de manera brutal hasta asesinarle.

En septiembre, su esposa, Laura González-Vera, y sus tres hijos se exiliaron en España. Desde aquellos días, Laura y sus hijos han luchado con gran tenacidad por que los responsables del cruel asesinato de Carmelo sean juzgados y condenados.

En 1996 la Corte Suprema de Chile cerró el juicio sin ninguna condena al aplicar la ley de Amnistía que Pinochet impuso en abril de 1978. En 1999, la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la OEA dio la razón a la familia Soria y exigió al Gobierno de Chile que juzgue y condene a los asesinos. Aún hoy este caso sigue en la impunidad en Chile, como la mayor parte de los casos de víctimas de la dictadura, con la anuencia y complicidad del Gobierno de Ricardo Lagos.

Para CEAR, es un honor que Laura González-Vera formara parte del Comité de Honor de su 25º aniversario, conmemorado el año pasado, y que integre el Jurado del Premio Juan María Bandrés a la Defensa del Derecho de Asilo y la Solidaridad con los Refugiados de CEAR y la Fundación CEAR.

2. El 11 de septiembre de 1973 en el palacio de La Moneda, entre los resistentes que acompañaron al Presidente Salvador Allende hasta el final,

estuvo **José Tohá**, el hijo de un emigrante catalán que participó activamente en la acogida a los refugiados del *Winnipeg*.

Tohá conoció a Salvador Allende en 1952, cuando éste optó por primera vez a la Presidencia de la República como candidato del Frente del Pueblo. En noviembre de 1970, cuando Allende tomó posesión de la primera magistratura de la nación, designó a Tohá ministro del Interior y, como tal, vicepresidente de la República.

Este hijo de un inmigrante español fue uno de los colaboradores más estrechos de Allende, como ministro de Defensa desde enero de 1972 hasta julio de 1973. En esta condición tuvo oportunidad de conocer personalmente al general Augusto Pinochet, entonces el segundo mando del ejército por debajo del general constitucionalista Carlos Prats.

Victoria Morales, esposa de Tohá, recuerda las sensaciones que tuvo durante las primeras horas del golpe de estado de Pinochet: “Nunca nadie detectó los grados de crueldad que había en su cabeza. Pensaba que como Pinochet estaba al frente del golpe, sería posible una negociación para una salida democrática que ni siquiera implicaría que Allende dejara la Presidencia, sino quizás sólo algunas concesiones para lograr consensos... Todo esto por supuesto no lo reflexionaba, sino que eran intuiciones. Pensaba que al menos conocíamos a los golpistas. Ahí el único peligroso era Leigh (FACH), una persona muy fascista, pero competente y capaz; porque Merino era tan estúpido, presuntuoso y tontorrón como Pinochet, quien se fue con los golpistas por puro oportunismo, porque era una persona muy primaria. Era un militar común, corriente y opaco que alardeaba de su lealtad hacia el

Presidente Allende, que le aplaudía cuando otros militares no lo hacían. No tenía ninguna capacidad golpista, ni de liderazgo, ni de organización”.

Después del bombardeo de La Moneda, José Tohá fue detenido por los militares golpistas y conducido a la Escuela Militar, desde donde el 15 de septiembre fue llevado junto con otros 35 “prisioneros de guerra” a la isla Dawson, en los confines de la Patagonia, en Tierra del Fuego.

En aquel campo de concentración su estado de salud empeoró tanto que tuvo que ser trasladado a un hospital militar de Santiago a mediados de enero de 1974. El 9 de marzo su esposa le vio por última vez, seis días antes de su asesinato, tal y como explicó en febrero de 1975, en México, ante la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile: “Estaba tendido en la cama y aparecí en la puerta. Me habían dado una hora y se supone que a solas. Entré y José desde la cama apretaba los ojos para ver quién era, cuando la distancia apenas era de tres metros, tal era el grado de declive físico al que le condujeron. Me tendí en la cama a su lado y le hice cariños y caricias. Él me repetía estas palabras: ‘Se paran a los pies de mi cama y hacen escarnio de mi indefensión”. En un momento, Tohá le confió sus terribles presagios: “Los niños no me van a ver nunca más me van a ejecutar”.

El 15 de marzo de 1974 José Tohá fue asesinado en el hospital del ejército en Santiago. Después de 30 años de impunidad, la justicia chilena por fin investiga su muerte y ha esclarecido ya las circunstancias de su asesinato.

3. En 1955 Gregoria Peña, militante socialista española refugiada en Toulouse en 1939, y su hija Michelle, de 8 años, llegaron a Chile para reunirse con unos familiares que habían llegado en el *Winnipeg*. La infancia de **Michelle Peña**

transcurrió rodeada de los refugiados españoles, oyendo sus hermosas canciones y sus historias de lucha contra el fascismo. Estudió ingeniería eléctrica en la Universidad Técnica del Estado, aquella universidad en la que durante el Gobierno de Salvador Allende estudiaron miles de obreros y en la que fue detenido Víctor Jara el 12 de septiembre de 1973 junto con centenares de estudiantes y profesores.

Desde 1974 Michelle trabajó en la clandestinidad muy cerca de los principales dirigentes del Partido Socialista cumpliendo labores de enlace. “Michelle no quiso asilarse, decía que tenía que quedarse a luchar para que se fuera Pinochet. Varias veces intenté convencerla de ello y más cuando supe que estaba embarazada, pero nunca quiso”, señala doña Gregoria.

El 17 de junio de 1975 Michelle Peña y su madre se encontraron por última vez en una cafetería del centro de Santiago. “Hacía 6 meses que no la veía. La encontré sumamente delgada y supe que estaba embarazada de siete meses y medio. Le dije que por qué no se asilaba en la Embajada de Francia, porque ya habíamos hecho todos los trámites con una amiga mía, pero se negó y me pidió que si le pasaba algo me hiciera cargo del bebé”.

Tres días después la DINA secuestró a Michelle y en los días posteriores a toda la dirección clandestina del PSCh, integrada por revolucionarios excepcionales como Carlos Lorca o Exequiel Ponce. Ahora se cumplen 30 años de sus desapariciones.

Michelle fue conducida al peor centro de detención y tortura de la dictadura de Pinochet, Villa Grimaldi, el “Cuartel Terranova” en la terminología de la DINA, de donde desaparecieron al menos 226 personas y donde más de 5.000 sufrieron torturas. Por el testimonio de la periodista Gladys Díaz, entonces

dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y superviviente del horror de Villa Grimaldi, sabemos que Michelle dio a luz a su bebé, semanas antes de que los agentes de la DINA la asesinaran e hicieran desaparecer su cuerpo.

Encontrar a su nieto es lo único que mantiene a Gregoria Peña en Chile, puesto que desea regresar a España después de que hace casi 70 años se refugiara en Francia.

4. José Balmes, aquel niño que viajó en el *Winnipeg*, fue uno de los artistas que más destacó en su apoyo al Gobierno de Salvador Allende. En septiembre de 1973 era decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. La mañana del 11 de septiembre se dirigía a La Moneda para participar en una recepción a una delegación cultural mexicana, pero un control militar le obligó a desviarse.

En los días posteriores al golpe de estado la dirección del Partido Comunista, de cuyo Comité Central formaba parte, le pidió que se asilara en una embajada para salir del país y unirse al movimiento de solidaridad que brotaba con vigor en todos los rincones del planeta. Como su padre Damián (alcalde republicano de un pequeño municipio barcelonés en 1936), en 1973 conoció el trágico sentido de la derrota de un proyecto democrático que respondía a la opción del pueblo chileno por el socialismo.

Balmes conoció entonces el que fue su tercer exilio: “Siempre he dicho que he tenido tres exilios. El primero en Francia durante seis meses de 1939 fue terrible por el acoso policial a los exiliados republicanos, muchos de ellos reclusos en campos de concentración, porque el gobierno francés del

momento ya no era el del Frente Popular, que terminó en 1937, sino el del Pacto de Munich, el de la no intervención en la guerra civil española. El segundo fue el exilio en Chile, el mejor que hayamos podido tener. Y el tercero, de nuevo en Francia, fue mucho mejor que el primero”.

Premio Nacional de Artes Plásticas en 1999, José Balmes perdió a sus dos mejores amigos y a un sinnúmero de compañeros por la represión de la dictadura cívico-militar de Pinochet: los dirigentes comunistas Enrique París (psiquiatra, asesor político de Allende, detenido en La Moneda el 11 de septiembre y asesinado brutalmente semanas después) y Fernando Ortiz (historiador, desaparecido en diciembre de 1976).

En 1982, gracias a las gestiones de la UNESCO, pudo regresar a Chile y se unió a la lucha del pueblo por la democracia. En 1983 fue una de las personalidades que avaló la creación del Movimiento Democrático Popular, motor de las grandes protestas populares contra la dictadura. En 1990, regaló a su partido el dibujo de la hoz y el martillo que ilustró la campaña por su legalización.

En 1996 el Museo Nacional de Bellas Artes organizó una exposición retrospectiva de su obra, cuyos principales títulos son: “Viet Nam”, “Paz”, “Santo Domingo”, “Homenaje a Lumumba”, “Che”, “Calama”, “El alba camino a Quilicura” o “Lota el Silencio”. Ya ha cumplido 79 años y hace algunos años Gracia Barrios, su esposa y una gran pintora, y él dejaron la docencia después de casi medio siglo. José Balmes, aquel niño refugiado que llegó en el *Winnipeg* a Chile, es uno de los grandes artistas plásticos de Chile.

Algunos apuntes y reflexiones finales.- La tarde del 11 de septiembre de 1973 decenas de miles de personas en ciudades de numerosos países se manifestaron para expresar su condena al golpe de estado que había derrocado al gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende.

En España, la dictadura fascista imposibilitaba estas expresiones masivas, pero la solidaridad también halló sus cauces. El 12 de septiembre de 1973 el director de Justicia y Paz, Juan José Rodríguez Ugarte, abrió una cuenta corriente para recaudar fondos para la solidaridad con el pueblo chileno. Juan José Rodríguez Ugarte fue una de las personas que impulsó la creación de CEAR, en 1979, y es una de las personas esenciales en la historia de esta organización.

Según las cifras de ACNUR, 110 países acogieron a los centenares de miles de personas que formaron la diáspora chilena. Muy pocos llegaron a España entonces y entre éstos podemos mencionar a Victoria Benado y su familia. En el libro de CEAR *Voces de dignidad. Testimonios para el compromiso con los refugiados* (ed. Entinema), presentado en diciembre con motivo de la clausura de su 25 aniversario, Victoria Benado explica que para recordar el primer aniversario de la muerte de Allende Juan José Rodríguez Ugarte ofició una misa en la que habló de un hombre que entregó su vida por los ideales de construir el socialismo en democracia y del significado del proyecto de la Unidad Popular. Victoria Benado afirma en su testimonio incluido en este libro: “La solidaridad que encontramos los chilenos ya no la reciben los refugiados actuales”.

En la segunda mitad de los años 80, CEAR y la Vicaría de la Solidaridad (organismo del arzobispado de Santiago que desarrolló una ejemplar defensa de los DDHH) desarrollaron un programa de retorno de refugiados chilenos.

Con su apoyo a la lucha del pueblo chileno por la libertad, el pueblo español ha pagado la “deuda” que tenía con Chile, tierra de asilo para muchos españoles perseguidos.

Una de las expresiones más hermosas de la solidaridad entre los pueblos chileno y español es la denuncia presentada en julio de 1996 contra Augusto Pinochet y otros responsables de su dictadura que permitió que el tirano fuese detenido en Londres aquel histórico 16 de octubre de 1998, hecho capital para comprender los avances en la lucha contra la impunidad en Chile, ya que hoy decenas de oficiales están procesados por las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura.

En 2002 entrevisté a Gerardo Catalán Lincoleo, mapuche y comunista, cuyo hermano Samuel está desaparecido desde 1974. El mapuche es el más numeroso de los pueblos indígenas de Chile con casi un millón de personas, que se concentran principalmente en la región de la Araucanía. Desde la agresión española en 1546 a su territorio, los mapuche ofrecieron una tenaz resistencia y lograron mantener su autonomía hasta 1881, cuando el Estado chileno logró someterles en la masacre que se llamó eufemísticamente la “Pacificación de la Araucanía”.

Desde el corazón de la Araucanía, Gerardo Catalán explica con alegría, con una voz que habla por cinco siglos de resistencia, que en octubre de 1998 hicieron una fiesta en Lautaro, la localidad donde la dictadura de Pinochet asesinó a más mapuche, para celebrar la detención del genocida en Londres y

me dijo lo siguiente: “Le voy a hacer un encargo: transmita un saludo cordial al juez Garzón de los mapuche de Lautaro. Los mapuche de Lautaro estamos reconciliados con España gracias a la acción de la justicia española contra Pinochet”.